

RESEÑAS

Felipe Aparicio Nevado. *Miguel Delibes: la chasseur d'histories*. Paris: Publibooks, 2010, 952 páginas

El presente libro, producto de la tesis doctoral del autor, es uno de los más importantes estudios críticos que han aparecido sobre la obra de Miguel Delibes. Entre los grandes tópicos de su prosa, analizados con detenimiento por Aparicio –como son la infancia, el camino vital, la fugacidad del tiempo, la dialéctica ciudad-campo, Castilla o la Naturaleza (447)–, el tema que permite organizar su investigación es la caza, que la crítica ha tratado, hasta el momento, como un aspecto episódico que no adquiere importancia estructural en su obra. Delibes, conocido aficionado a la cinegética, incorporó esta práctica, que algunos llaman deportiva, como tema de reflexión principal de gran parte de su producción literaria.

La caza es una de las acciones humanas más antiguas del mundo y, como tal, una de las primeras en aparecer en la literatura. Recordemos que se han ocupado de este tópico, por ejemplo, autores norteamericanos como Jack London o Ernest Hemingway, y que la crítica literaria resalta sobre todo su dimensión simbólica (*Parsifal; El viejo y el mar*). Delibes, sin abandonar esta dimensión, también utiliza la caza como ocasión para realizar crítica social. Esta práctica ha quedado asociada con fenómenos como el caciquismo y el señoritismo. Es conocida, la afición a la cinegética del dictador Francisco Franco, que desencadenó una serie de alegorías políticas en la España de la dictadura, como es el caso de la película *La caza* (1965), de Carlos Saura.

La introducción del libro establece la perspectiva metodológica de la investigación. Analiza tres tipos de textos: novelas (*El camino; Diario de un cazador, Diario de un emigrante*, entre otras) y cuentos; diarios, crónicas, reportajes, artículos o formas genéricas mixtas (como *Con la escopeta al hombro*, o *Las perdices del domingo*); y ensayos sobre la caza (*El libro de la caza menor y La caza en España*). La atención a la génesis de cada obra analizada es un procedimiento que complementa muy bien el resto de la metodología utilizada, de carácter temático y narratológico. Como sucede a menudo con muchos escritores, artículos periodísticos, hechos autobiográficos o cuentos son génesis de novelas posteriores.

La primera parte se dedica a investigar la génesis del tema de la caza y la visión del cazador en la obra de Miguel Delibes, ya desde sus inicios como periodista en el periódico *El Norte de Castilla*, uno de los más renombrados y antiguos de Castilla la Vieja. La caza se incorpora en sus novelas desde *El camino* (1950), que Aparicio analiza con detenimiento en el capítulo XII. Este capítulo resume, en una especie de puesta en abismo, sus temas principales. En *Diario de un cazador*, destaca el análisis del personaje Lorenzo y de la estética neorrealista de esta última novela.

Son diversos los métodos de análisis explicados e interpretados en la segunda parte: estudio de la génesis del texto y de los personajes vinculados más directamente con la caza, identificación genérica, temas y motivos más importantes, espacialidad, tipos de narradores, focalización... Aparicio analiza la figura del cazador, los animales de compañía, la presa y el paisaje que circunda la experiencia cinegética. En particular, cada capítulo toca un tópico diferente relacionado con esta última práctica. Como ejemplo, Aparicio se acerca a la

simbología de la muerte de un animal doméstico: del perro Sol, en *Diario de un cazador*; de La perra, en el cuento *La perrita Loy*; de la muerte del zorrillo, en *Las ratas*; o de la milana, en *Los santos inocentes*. Destaca la percepción del paisaje chileno y su relación con el elemento humano en *Diario de un emigrante*.

Delibes también se caracteriza por la escritura multigenérica. *La caza de la perdiz roja*, en este último ámbito, se puede considerar como un texto inclasificable, a medio camino entre el diálogo, el reportaje, el diario novelado, el manual de caza y el ensayo divulgativo. En el estudio de personajes de la novela *Las ratas* sobresale el tío ratero, el cazador-recolector Nini, el cazador de ratas de Torrecillóriga (simple aficionado) o el de Matías Celemín, el cazador furtivo (figura muy típica en la prosa de Delibes, y de amplia resonancia en la cultura occidental, hasta el siglo XIX). En *Los santos inocentes*, que recibió una conocida adaptación fílmica de Mario Camus, también dedica un análisis detenido a los personajes, en particular, a Azarías y Paco el bajo. Surge en esta última novela una nueva figura, el cazador aristocrático. La caza permite, de esta manera, tematizar la denuncia social, los rituales de dominación entre propietarios y campesinos en el latifundio. El capítulo final de esta segunda parte incorpora un análisis de *El hereje*, la última novela de Delibes, que presenta la caza tanto literalmente, en sus posibles modalidades, como en términos metafóricos (el ser humano acorralado). La integración de paisaje y caza, al igual que en *Diario de un emigrante*, es un tópico analizado por Aparicio en *El hereje*, así como la participación de esta práctica en la economía castellana. En esta última clave, Aparicio, en *Viejas historias de Castilla la Vieja*, se acerca a un pueblo donde la caza acapara el interés de casi todos sus habitantes.

La tercera parte tiene carácter sintético. Se ocupa de analizar los procedimientos narrativos, estilísticos y temáticos del relato de caza, que está entre dos aguas, la ficcionalidad y la narración factual. Abundan en Delibes los relatos homodiégicos (con diversas modalidades, como la invención de un interlocutor narrativo, el desdoblamiento en tercera persona, la comunicación con un lector epistolar, el procedimiento cervantino de dirigirse a un lector que adquiere la función de narratario interno...), aunque también están muy presentes los heterodiegéticos (con voces muy cercanas a las perspectivas y las trayectorias de los personajes). La focalización, íntimamente ligada a las figuras de los narradores, también recibe un minucioso análisis, en una de las propuestas más originales del libro. El capítulo segundo es estilístico, ya que se dedica a la presencia del ideolecto del cazador en la prosa de Delibes. La representación de las diversas prácticas cinegéticas ocupan parte de este análisis estilístico, como es el ojeo, el ganchito, la relación entre la caza y la ley, el perro de caza, la búsqueda del animal de presa, las modalidades y las consecuencias del disparo o el aparejo del cazador. La mirada cinegética, que estructura la representación del mundo rural, permite a Aparicio detenerse en los espacios prototípicos de la caza, siempre asociados al exterior (el campo, el páramo, el monte, los tradicionales pueblos castellanos), en detrimento del interior de las casas. El imaginario espacial de sus novelas, muchas veces nombrado concisamente, pero de gran carga simbólica, proyecta lo que se conoce como el norte de Castilla la Vieja, con tipos sociales tradicionalmente asociados a las labores agrícolas, ganaderas y cinegéticas. Sus personajes son representantes de los oficios que trabajan la tierra, víctimas de la brutalidad social y política. De hecho, las prácticas de ocio son escasas en el campo castellano representado en la prosa de Delibes.

Esta investigación también relaciona caza y vagabundeo filosófico. Delibes tematiza la actividad del paseo del cazador. Aparicio acuña el término de *paseo cinegético*, que cumple

numerosas funciones en su prosa ficcional: iniciática, terapéutica, meditativa, económica. Se desgranar, asimismo, las distintas trayectorias —y las incidencias y obstáculos— que siguen estas modalidades de caza. Concluye la tercera parte con un análisis de las implicaciones de la caza para el compromiso y la crítica social (la brutalidad y las injusticias sociales del campo, paralelas a la dureza de la climatología, que ya habían representado previamente los escritores de la *España negra*), así como su relación con la ecología. Aparicio también acuña el término, casi paradójico, de cazador-ecologista.

En Delibes, la crítica social se realiza desde el individuo, y no desde la lucha de clases de grandes colectivos (810). Sus temas son el exilio del emigrante, la explotación del latifundista y de las estructuras feudales existentes, el abandono de amplias regiones castellanas por el gobierno central y la emigración interior. En este sentido, *Las ratas* o *Los santos inocentes* se encuentran entre sus novelas más representativas.

En el ámbito ecológico, no sólo está presente en Delibes la relación panteísta del ser humano con la naturaleza, sino también su preocupación hacia la desaparición de los territorios de caza, el control de las especies mediante la contención de la caza, los diversos abusos de los cazadores, la crueldad hacia los animales y los métodos de la caza furtiva. Es un crítico de la modernidad tecnológica desaforada. Aparicio realiza un análisis detenido de algunas escenas que muestran esta preocupación ecologista, entre ellas las pertenecientes a *Diario de un cazador*.

Se trata de una investigación férreamente articulada. En primer lugar, el objeto de estudio está claramente perfilado: la cinegética en la prosa de Delibes. La metodología (estilística, narratología) indaga en su representación literaria. Además, todos los motivos, tópicos y *leit-motiv* del tema de la caza (la muerte de un animal de compañía, la salida a cazar en las primeras horas del día, el sol plomizo del mediodía, la representación del paisaje castellano, la caracterización de los cazadores, el motivo de la perdiz que pía de forma extraña, el viaje —en tren y a pie— para llegar al coto de caza...) se encuentran detenidamente desgranados en este extenso estudio. Señala Aparicio que son numerosos los motivos y las escenas recurrentes en la obra cinegética de Delibes (247), como los que acabamos de enumerar en esta reseña. Esto último no sólo concede una gran unidad a la obra de Delibes, sino que también facilita la labor investigadora del crítico literario. El presente libro de Felipe Aparicio sin duda será texto de referencia en estudios futuros sobre el legado del autor vallisoletano, así como aquellas investigaciones de literatura comparada que tengan a la cinegética como tema de interés.

Dorde Cuvardic
Universidad de Costa Rica

Carlos Boixo (Ed.). *Tendencias de la narrativa mexicana actual*. Madrid: Iberoamericana, 2009, 277 páginas

El conjunto de estudios reunidos en este volumen incluye una introducción, un sumario y ocho artículos. Estos, siguen la orientación de una pertinente categoría crítica contemporánea, centrada en la indagación de la narrativa surgida a partir de 1968, fecha marcada por su atmósfera de agitación política y manifestaciones estudiantiles en casi todo occidente y que ha sido considerada como el inicio simbólico de los tiempos presentes. En el caso específico mexicano, ese año recuerda la matanza de estudiantes en la plaza de Tlatelolco, cuyas consecuencias señalan el fin de una época que se había iniciado con

la Revolución de 1910. La narrativa mexicana es estudiada –tomando en consideración el mencionado contexto– desde una visión panorámica, con la intención de establecer algunas de sus tendencias más representativas.

La introducción, titulada “Del 68 a la generación inexistente”, facilita una visión de conjunto de las problemáticas que se abordan en el volumen y es dividida por su editor Carlos Boixo, en tres partes. En la primera, se refiere al desarrollo de la narrativa mexicana entre 1968 y la generación de autores nacidos durante los años sesenta, la cual da origen a una literatura testimonial y de denuncia social, así como a la reflexión sobre la identidad nacional. La segunda, dirige su atención hacia los autores nacidos en la década de los años setenta, llamada por algunos de sus participantes “generación inexistente”, donde destacan los integrantes del denominado *Crack*. Se alude a la narrativa del llamado *realismo sucio* y continúa cronológicamente, con un amplio y heterogéneo grupo de alrededor de sesenta autores, quienes narran pequeñas historias personales, marginales y juveniles de diversa índole, las cuales han sido incluidas en varias antologías importantes, cuyo estudio permite a Boixo establecer una tentativa serie de rasgos comunes. La tercera parte abarca algunas de las tendencias más representativas del período, dentro de las cuales se considera a la narrativa femenina, la escritura experimental, la de temas fantásticos y de ciencia ficción y la novela negra o policíaca.

Carlos Boixo ha participado junto con Javier Ordiz en el tomo III de la *Historia de la literatura hispanoamericana*, editado por Trinidad Barrera en el 2008, con un capítulo titulado “La narrativa en México” y es especialista en literatura hispanoamericana, sobre todo la mexicana contemporánea, entre otros énfasis, por lo cual este rico volumen se suma a su amplio trabajo como articulista y editor dentro del campo de estudio mencionado.

En el artículo de Rosa María Díez Cobo, “La reescritura de la historia en la narrativa mexicana contemporánea” (31-87), se realiza una lectura de tres novelas: *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska (1971), *Terra Nostra* de Carlos Fuentes (1975) y *Cielos de la tierra* de Carmen Boullosa (1997), a partir de su ruptura con los cánones establecidos para la novela histórica tradicional. En la introducción de este valioso aporte, realiza un acercamiento a las posibles causas de la larga tradición del discurso histórico en la literatura latinoamericana y su relación con las construcciones identitarias del continente a la luz de distintas propuestas conceptuales, que estudian la novela histórica como género literario; para esto presenta un oportuno estado de la cuestión sobre el tema, complementado con la inclusión de algunos estudios sobre esa producción literaria, así como contribuciones de teóricos representativos de corrientes de pensamiento contemporáneas, cuya incidencia en la literatura ha sido destacada: Mijail Bajtín, Michel Foucault y Hayden White entre otros. Indica la autora que el debate surgido en México entre historiadores, filósofos y escritores en relación con la novela histórica actual conduce a reconocer su polifonía y ecleticismo discursivos, además de su intertextualidad y mezcla con otros géneros narrativos, lo cual confirma su ruptura con la convención genérica tradicional. Propone Díez Cobo en su apreciable artículo que: “[...] la novela histórica contemporánea se constituye como un discurso de ficción más, como una edificación que puede ser cuestionada y deconstruida, ya que entre su textualidad y los hechos extratextuales de los que habría idealmente emanado median un sinfín de ideologías, intereses y contextos que la convierten no en una verdad monolítica irrefutable, sino en versiones y puntos de vista particulares” (42).

Dedica a continuación un apartado específico donde estudia cada una de las novelas y concluye señalando una serie de elementos, tanto de cohesión como de divergencia, entre las

tres novelas en cuestión. Al finalizar, afirma que en todas ellas es posible comprobar la “[...] relectura iconoclasta del archivo histórico mexicano [...]” (80), realizada por los escritores.

“La narrativa mexicana escrita por mujeres desde 1968 a la actualidad” (89-122), de Natalia Álvarez Méndez, esta escrito en dos partes. En la primera, realiza un acercamiento a dicha narrativa que sin caer en lo panfletario, según su opinión, denuncia la marginación de las mujeres infligida por la cultura patriarcal, cuyos códigos de conducta les impide el desarrollo pleno de una identidad autoafirmada. La búsqueda de libertad a través del desarrollo de su subjetividad por medio de la escritura, es una práctica establecida por las mujeres escritoras desde el siglo XIX y continuada a lo largo del siglo siguiente; Álvarez Méndez aporta una amplia lista de autoras que han demostrado: “[...] cómo la mujer puede ser dueña de sí misma, de su cuerpo y de su pensamiento” (93). Ya para las últimas décadas del siglo XX e inicios del XXI es posible señalar ciertos rasgos recurrentes como la reflexión sobre la condición femenina; los motivos de la locura, el amor y la muerte; las relaciones familiares; la infancia; algunas tradiciones culturales distintas de la mexicana; el arte culinario; la corporalidad y la sexualidad. La historia de México, también utilizada por algunas escritoras como motivo para profundizar sobre el presente del país, está teñida en ocasiones de tintes fantásticos y míticos, con algunas incursiones en el tema policíaco y de temática social. Además, la reflexión acerca de la creación literaria permite a algunas escritoras “[...] desarrollar auténticas poéticas de la escritura [...]” (103). La autora establece el uso de la fragmentariedad, la prosa poética, la metaficción, la intertextualidad y la reescritura de los textos canónicos como algunas de las técnicas narrativas que las escritoras utilizan, en una amplia variedad de géneros literarios.

En la segunda parte, Álvarez Méndez estudia la novela *Como agua para chocolate* de Laura Esquivel (1989), donde identifica la unión del discurso culinario, la estructura del folletín sentimental y la crítica social en una de las novelas de más éxito mediático de las letras mexicanas, lo cual no desdice su calidad literaria.

F. Javier Ordiz Vázquez es autor de “Incursiones en el reino de lo insólito. Lo fantástico, lo neofantástico y lo maravilloso en la narrativa mexicana contemporánea” (123-142), artículo dividido en tres secciones. Inicia con un acercamiento al concepto de literatura fantástica donde toma en cuenta aportes críticos europeos, representativos y canónicos como los de Todorov y Caillois, para integrar a continuación algunos análisis recientes surgidos de la región hispanoamericana: Ana María Morales, Daniel Ferreras, David Roas y Rafael Olea. Realiza luego un corto recorrido sobre los orígenes de lo fantástico en México para centrarse, en la tercera sección, sobre las tendencias de lo fantástico en la actualidad. Dentro de ellas incluye *el “fantástico” clásico*, con la obra de José Emilio Pacheco, Carlos Fuentes e Ignacio Solares, *lo neofantástico* con la de Francisco Tario y Homero Aridjis y *el realismo mágico* con los textos de Luis Mateo Díez y Laura Esquivel. Un último apartado es dedicado a los escritores cuyos relatos “[...] reproducen universos totalmente ajenos a la realidad objetiva y que según la tipología señalada entrarían en la categoría de lo maravilloso” (138), al representar espacios “otros”, situados en ámbitos provenientes del cine, cómic, textos fantásticos y de ciencia ficción de la tradición clásica anglosajona, entre quienes incluye a Alberto Chimal, Emiliano González y Mario González Suárez. Ordiz Vázquez concluye señalando la vitalidad creativa de este género literario en la sociedad mexicana actual.

En “Del *boom* al *crack*: anotaciones críticas sobre la narrativa hispanoamericana del nuevo milenio” (143-168), Tomás Regalado López realiza un acercamiento a la historia del *crack* y su consolidación como punto de estudio teórico en la narrativa hispanoamericana de

la actualidad, la cual ha sido nombrada de muy diversas maneras por la crítica, dando lugar a una “problemática terminológica” (144), en el afán por brindar una visión de conjunto sobre la amplia y variada producción literaria de fines del siglo XX y principios del XXI. Esta situación se manifiesta en las dificultades de los estudiosos al abordar las producciones de los siete autores que conforman el *crack*, pues no es posible homogeneizar bajo una sola marca e identidad su pluralidad de voces y visiones de mundo, plasmadas en sus más de sesenta novelas y alrededor de veinte obras publicadas hasta ahora, en varios géneros y subgéneros.

El autor intenta dilucidar si el *crack* es un grupo, una generación o una tendencia a partir del estudio de su génesis, del análisis de sus propuestas y la manera en que estas se manifiestan en las obras de los autores que conforman el grupo en cuestión, cuya búsqueda de una narrativa totalizadora inscrita en un universalismo cosmopolita, ha levantado en su contra las voces de alguna crítica. Plantea también Regalado López, el posible registro de esas obras dentro de la narrativa hispanoamericana tradicional, reconoce su proyección internacional y señala que el momento de su surgimiento coincide con el de otro texto teórico de gran importancia, que ve la luz al otro lado del continente: el prólogo a la antología *McOndo*.

El artículo significa un acercamiento crítico serio e informado, sobre una literatura que continúa con la tradición de la ruptura y renovación postulada por Octavio Paz.

“Entre la sangre y el simulacro: últimas tendencias en la narrativa policial mexicana” (169-200), de Francisca Nogueroles Jiménez, aborda la producción del relato policial. La autora establece dos tendencias fundamentales en su desarrollo, el neopolicial que debe su reconocimiento y dominio hasta los años noventa a la obra de Paco Ignacio Taibo II, aún vigente, especialmente en la frontera norte y la ficción antidetectivesca, también llamado antipolicial metafísico, heredero de las propuestas de Jorge Luis Borges.

Nogueroles Jiménez utiliza en su artículo una amplia bibliografía para recorrer la historia del género en México. En el estudio de la primera tendencia, se remonta hasta los lejanos orígenes del policial, donde cita los nombres de Poe, Chesterton y Conan Doyle para señalar sus características clásicas, rechazadas por los escritores mexicanos de los años setenta, haciendo evidente la influencia de la novela negra estadounidense, proveniente de las obras de Hammett y Chandler. El año 1976 marca, según la investigadora, el nacimiento del neopolicial, tanto en México como en otros países de Latinoamérica. En el neopolicial mexicano, el detective aparece como un individuo desarraigado, enfrentado al caos y la corrupción del sistema que siempre triunfa, por lo que no hay finales felices. A continuación, la autora describe los rasgos más sobresalientes de este subgénero y concluye enumerando las tendencias dominantes del neopolicial en los últimos años.

El policial metafísico es propuesto como la más relevante narrativa de suspenso de la actualidad, cuyo origen está en Poe, posteriormente rescatado por Borges y resurgido en la década de los años noventa. En este subgénero, la indagación del detective “[...] acaba en un misterio sin resolver que revela el caos de la existencia [...]” (189). En ese sentido, es una ficción antidetectivesca muy a menudo paródica, deconstructiva y metaficcional.

De acuerdo con el bien fundamentado estudio de Nogueroles Jiménez, la riqueza y variedad de la novela detectivesca mexicana desde sus inicios hasta las nuevas vertientes en las que ha derivado, la mantienen vigente y plena de posibilidades en el futuro.

“El género seudocriminal. Inspiraciones policíacas en las novelas mexicana del cambio de siglo” (201-228), de Nina Pluta, explora los alcances de la trama criminal en algunas novelas del fin de siglo, donde se amplía y transforma el esquema detectivesco clásico, rasgo que ha

permitido la vitalidad del género, a lo largo del tiempo, especialmente en Hispanoamérica, coincidiendo con Noguero Jiménez. En la primera parte del artículo, la autora comenta obras representativas de las dos tendencias surgidas, refiriéndose por un lado, a algunos textos donde ocurren mezclas genéricas en los cuales se expone el crimen y la impunidad en la sociedad descrita, siguiendo la tradición de la novela negra; por otro lado, destaca la influencia de Jorge Luis Borges y Umberto Eco en el policial metafísico. De esa manera, señala cómo las condiciones propias de la posmodernidad y las consecuencias de la globalización “[...] hacen al acto criminal inmune al arma del razonamiento lógico” (202), e impulsan su expansión por todos los ámbitos de la sociedad, estableciendo una nueva configuración del mal.

En la segunda parte de su estudio, Pluta comenta algunas obras de la narrativa mexicana publicadas a partir de la última mitad del siglo XX y concluye con el análisis de siete novelas, consideradas por la autora como las más notables de ese “género provisorio” que ha llamado “seudocriminal”, cuyos autores son Ignacio Padilla, Jorge Volpi, Sergio Pitol, Juan Villoro y Guillermo Fadanelli. Para la autora es posible que la presencia de los temas criminales que aparecen en las novelas estudiadas se deba a la necesidad de recordar la presencia de la muerte que la sociedad del consumismo globalizado ha olvidado. “[...] Pero esto debería hacerse sin el efectismo típico de los medios de comunicación. La narrativa asume, pues, la muerte, escogiendo entre la estetización simbólica de lo criminal (Padilla, Volpi), la parodia (Pitol, Fadanelli) y la trivialización (Fadanelli)” (225). En estos textos se da la reflexión sobre problemas éticos y sociopolíticos y también se pone en duda la existencia de una moral trascendente, insinuándose una nueva moral donde el crimen no se juzga ni se castiga.

En “Ecocrítica, racismo medioambiental y renacimiento chicano” (229-243), su autora, Imelda Martín Junquera, estudia el contexto del “*renacimiento (literario) chicano*” (229) desde su surgimiento, con la adopción del nombre *chicano*, que pretende reconocer el nacionalismo y autodeterminación de la población mexicano-estadounidense y promover su educación. También se refiere a la fundación del Partido de La Raza Unida, cuyo fin es luchar por los derechos e intereses de su gente y el empleo del castellano como símbolo de la rebelión de un pueblo invadido desde 1848, reconocido míticamente como Aztlán. Los escritores que surgen en dicho contexto, promueven la búsqueda de sus raíces en la historia, la literatura y la cultura chicana. Entre ellos están Tomás Rivera, Miguel Méndez, Rolando Hinojosa-Smith y Alejandro Morales, cuyas novelas son estudiadas por Martín Junquera.

Para la autora, se trata de una literatura de denuncia de las situaciones que viven los chicanos, donde se da una diferenciación entre los habitantes del campo (el valle), representados por los braceros, trabajadores agrícolas explotados y maltratados, que luchan por su supervivencia y los de áreas urbanas (el barrio), “[...] donde la expresión ‘jungla de asfalto’ cobra más sentido que nunca” (238), pues los chicanos estorban, desentonan y son tratados como ciudadanos de segunda clase. Martín Junquera concluye destacando que aunque los personajes de las novelas analizadas parecieran resignados a su vida y a las condiciones denigrantes en que viven, “[...] las reivindicaciones que éstos vierten en forma de llamadas de atención al lector dan a entender una situación muy distinta; el compromiso social adquirido con sus comunidades de origen se antepone a cualquier recurso o técnica narrativa [...]” (241).

“Desde las montañas del sureste” (245-273), de Kristine Vanden Berghe, tiene como objetivo el estudio de los relatos escritos por el Subcomandante Marcos, portavoz del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), quien ha sido proclamado como “escritor del pueblo” por Regis Debray y como renovador del lenguaje político por Octavio Paz. Esta apreciación,

proveniente de personas colocadas en posiciones ideológicas encontradas, le ha deparado fama como autor, de manera que aumenta el interés por la lectura de su obra. La autora estudia en primera instancia, ciertos rasgos fundamentales de sus textos, como la inclusión de las posdatas en las cartas y comunicados que tienen un efecto multiplicador, llegando a presentarse una carta con ocho posdatas “[...] que se construyen como cajas chinas, una posdata sirviendo de marco a un comentario en el cual se intercala un soneto seguido a su vez por otra postada, etc.” (46), subvirtiendo de ese modo, y con otras estrategias escriturales, el género.

A continuación, la autora emprende el análisis de los relatos, los cuales pueden dividirse en dos series en función de sus protagonistas: el Viejo Antonio, un anciano indígena maya que rescata tradiciones propias de su cultura, y el escarabajo Durito, cuyos relatos son reflexiones centradas en la cultura occidental contemporánea. Los relatos de estos personajes han sido recopilados en dos antologías con la consecuencia de su “literaturización”, lo cual ha eleva aún más la consideración del Subcomandante Marcos como autor. Vanden Berghe también le da importancia a la novela policíaca escrita a dúo por Marcos y el consagrado escritor Paco Ignacio Taibo II, donde su protagonista, Elías Contreras cobra existencia como una especie de síntesis del Viejo Antonio y Durito. Posteriormente, Marcos reaparece como autor de una novela, donde se da un cambio en el tipo de discurso que utiliza, mucho más radical e ideológicamente polarizado, posible indicativo del endurecimiento de su posición política. La lectura realizada en este interesante artículo, acerca al lector a una obra significativa donde se plasman las transformaciones ocurridas en las luchas sociales del área mesoamericana.

Virginia Caamaño Morúa
Universidad de Costa Rica

Jorge Chen Sham (Ed.). *Los espacios de sociabilidad en la narrativa cervantina*. San José, Costa Rica: Arlekin, 2001, 202 páginas

El presente volumen incorpora las actas del Coloquio que, sobre las prácticas de sociabilidad en el *Quijote*, se realizó los días 23, 24 y 25 de mayo del 2009 en la Facultad de Letras de la Universidad de Costa Rica, con la intervención de un grupo de cervantistas de larga trayectoria. La mayor parte de los artículos se dedican al Quijote, aunque uno de ellos analiza dos novelas ejemplares de tono picaresco, *Rinconete y Cortadillo* y *El coloquio de los perros*. Una de las innovaciones del libro es investigar la representación del tema sociológico de las prácticas de sociabilidad, desde la crítica literaria, que realiza con ello una contribución a lo que los alemanes consideran la teoría de la cultura. Otra de las innovaciones del libro, en algunos de los artículos, es la de incorporar como recurso metodológico el análisis del discurso (en particular, las prácticas de cortesía y descortesía verbal), en la crítica literaria.

Este enfoque es asumido por los dos primeros artículos del volumen. María Augusta da Costa Vieira, en “Sociedad de Corte, civilidad y retórica en el Quijote”, después de introducirnos en la visión de mundo de la cultura cortesana, típica del Clasicismo, realiza un análisis sobre el uso paródico de la retórica clásica en la visita de don Quijote al palacio de los Duques. La primera parte se dedica a analizar los códigos de cortesía –y especialmente los códigos de etiqueta– en la cultura del Renacimiento y del Barroco, que tiene en Norbert Elias a uno de sus más importantes investigadores. Se recupera, además, uno de sus conceptos más conocidos, el de *figuración*, que se refiere a la promoción de la presentación del individuo ante

los demás. El sociólogo Erwin Goffmann, desde su visión teatral de la vida pública, hablaría de *fachada*. La cultura cortesana queda parodiada en el episodio del encuentro con los Duques, tanto en el ceremonial de la convivencia en la mesa como en la posterior conversación (31). Aunque don Quijote es objeto de burla por parte de los demás personajes, está claro que, en un nivel enunciativo mayor, el narrador busca, en representación de la intención autoral, realizar una parodia de las rígidas y huecas estructuras de la sociabilidad cortesana.

No es extraño que la visita de don Quijote a la casa de los Duques sea el principal episodio de la novela analizado por los integrantes de este coloquio cervantino, ya que reúne todas las modalidades posibles de sociabilidad: la formal, la paródica, la burlesca... El segundo artículo del volumen, al igual que el primero, se dedica a estudiar la cortesía y la descortesía, tanto en el ámbito de los códigos de comportamiento como en los verbales. Jorge Chen Sham, en “La sobremesa y la descortesía en el Quijote, II, 32-33”, después de una introducción, en la que considera las funciones que puede revestir la sobremesa en las prácticas de sociabilidad, analiza ejemplos de esta conducta colectiva, comunitaria, en las páginas del Quijote. ¿Qué funciones sociales cumple la sobremesa? El crítico costarricense las menciona: “Gozar con el trato de los otros, pasar el tiempo, mantener la comunicación, abrir el espacio para el intercambio y el diálogo” (35). Además de analizar la sobremesa de la Venta, que se extiende por varios capítulos de la primera parte, focaliza su atención en otro caso de sobremesa, dominado por la descortesía, el que corresponde a la estancia de don Quijote en el palacio de los Duques. El método empleado por Chen se sitúa en la pragmática del discurso, en la teoría de los actos de habla. Comprueba que los Duques quiebran las normas de cortesía, que todo anfitrión debe exhibir ante sus huéspedes. Ridiculizar, humillar y descalificar son los actos descorteses que comenten los Duques contra el caballero andante, actos de los que también es objeto Sancho Panza.

El siguiente artículo también trabaja con otra práctica de sociabilidad bien delimitada. Alberto Rodríguez, en “La presencia del simposio en las conversaciones del Quijote”, analiza esta interacción oral dialógica en la novela de Cervantes. Realiza una clara introducción a los procedimientos enunciativos de este tipo de interacción discursiva y demuestra su amplia manifestación en diferentes capítulos del Quijote. Es un espacio conversacional donde domina la fraternidad y una visión democrática de las relaciones sociales, reglas horizontales que son quebrantadas en una oportunidad, en la visita del Quijote al palacio de los duques. En este sentido, el artículo de Rodríguez sigue planteamientos similares a los dos artículos precedentes.

Podemos afirmar que la primera parte del libro, dedicada a la convivencia fraterna y su posible quebrantamiento, finaliza con el artículo de Nathalie Peyrebonne, titulado “La mesa y el alimento: espacios de sociabilidad alimenticios en el Quijote”. Comida y sociabilidad son dos prácticas humanas que se desarrollan simultáneamente. La comida, y en especial la desarrollada en colectividad, es un tipo de interacción muy presente en el Quijote, y extraña que todavía no haya sido estudiada su representación tal como su importancia amerita. Peyrebonne realiza un recorrido sistemático por los espacios (ventas, campos) y las distintas sociabilidades relacionadas con la comida, desde la solitaria hasta la realizada en comunidad, en el marco, por lo general, de relaciones de igualdad.

Las relaciones sociales horizontales entre individuos de distinta condición social, fuera de la sociabilidad cortesanas, es el objeto de análisis de los dos siguientes artículos. José Ángel Ascunce Arrieta, en “*El hogar toledano del autor segundo como espacio de sociabilidad*”, considera que este ámbito, donde tiene lugar la traducción del famoso manuscrito árabe, es un lugar donde se establece un diálogo intercultural caracterizado por la convivencia armónica

entre representantes de culturas tan diferentes como son la morisca y la cristiana. Ascunce Arrieta estudia el episodio donde el autor segundo le pide a un morisco la traducción de los manuscritos donde aparece la continuación de las aventuras del Quijote. Para cumplir con este propósito, el narrador segundo hospeda al traductor en su casa. El autor del artículo nos habla de una forma de sociabilidad ideológicamente rupturista para la época: cristiano y morisco conviven amistosamente en el marco de un proyecto común, al margen de la legalidad. La traducción es un tema que también aparece en el último artículo de la compilación.

María Stoopen Galán, en “Los espacios de la intimidad y la cuestión del linaje”, analiza cómo las conversaciones íntimas que sostienen don Quijote y Sancho son una excelente ocasión dialógica para que la visión de mundo de cada uno de ellos queda en relativizada. Amistad, complicidad y ayuda, pero también engaño, burla y violencia física, se van entrelazando en las relaciones de intimidad que van forjando ambos personajes. Stoopen Galán demuestra la dialéctica que se desarrolla durante los diálogos que sostienen ambos personajes. En algunas de sus conversaciones con Sancho, don Quijote parece desterrar la caballería andante a los mundos de la fantasía y se reconoce, momentáneamente, como un ‘simple’ hidalgo (Capítulo 21, I). En estas y otras ocasiones sale a relucir la condición problemática de don Quijote como hidalgo. El linaje de Don Quijote es tema de conversación entre él y el escudero, así como entre el ama y la sobrina.

Antonio Becerra Bolaños, en “Oralidad y memoria oral en Don Quijote de la Mancha”, se pregunta sobre las funciones que cumple la memoria, después de plantear que los personajes hacen un recurso constante a esta facultad. El objetivo principal del autor es “seguir las diversas formas en que la memoria oral se va presentando y de qué manera conforma la realidad” (128), es decir, de qué forma estructura la comprensión de la realidad de los personajes, su manera de asumir la experiencia cotidiana. Por ejemplo, muchos códigos son resignificados o resemantizados por los personajes con el simple uso de su memoria, como le sucede a don Quijote con el caballeresco. Constantemente, y es lo que plantea Becerra, se produce un diálogo o una confrontación, según sean los casos, entre la memoria libresca de don Quijote y sus experiencias presentes. Asimismo, Sancho Panza utiliza la memoria popular en muchas de las conversaciones que sostiene con el caballero andante.

Cécile Elisabeth-Bertin, en “Acerca de la sociabilidad en dos novelas ejemplares de tipo picaresco de Miguel de Cervantes”, se acerca a la sociabilidad marginal en *Rinconete y Cortadillo* y en *El coloquio de los perros*. Su objetivo persigue resolver la aparente contradicción cervantina de ofrecer novelas ‘ejemplares’ en las que se indaga la sociabilidad de la marginalidad de su época. La autora demuestra que la civilidad de estos personajes, a pesar de su condición ‘baja’, es un valor que les caracteriza: utilizan maneras corteses de expresarse, al variar entre el tuteo y el ustedeo, o muestran tácticas de adaptación a diferentes esferas sociales de conducta. Se nota en Cervantes, en suma, un aprecio de la marginalidad social.

Jorge R. G. Sagastume, en “La traducción como espacio público en El Quijote: Cervantes, Borges, Menard y los otros traductores”, considera como el principal objetivo de su artículo, a partir de “Pierre Menard, autor del Quijote”, de Borges, “determinar los comentarios del narrador del cuento sobre la compleja tarea de la traducción” (178). Maneja un conocimiento exhaustivo de los investigadores que se han ocupado de esta problemática, como son George Steiner, Efraín Kristal o Jorge J. E. Gracia. Está en desacuerdo con el planteamiento de este último analista, quien considera que una obra literaria no se puede traducir. Más bien, y a partir del análisis del cuento, defiende la posibilidad de la traducción, como actividad en la que pervive el significado

intensional del texto original. Este artículo, el último del libro, es muy pertinente para los investigadores de la Literatura comparada y la Teoría de los polisistemas, disciplinas que tienen en la traducción una de sus áreas de mayor desarrollo. Acertadamente, Sagastume considera que el cuento de Borges deconstruye la dicotomía entre los discursos fácticos y los ficcionales. El autor argentino se revela como un innovador de la teoría y práctica de la traducción, décadas antes de la aparición de los paradigmas contemporáneos sobre esta área de investigación.

Consideramos que este volumen es un buen ejemplo de las posibilidades que ofrece la pragmática como método de la crítica literaria. Su empleo puede ser ampliado en el futuro, en todo tipo de género literario.

Dorde Cuvardic
Universidad de Costa Rica

María Corredera González. *La guerra civil española en la novela actual. Silencio y diálogo entre generaciones*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2010, 228 páginas

La Guerra Civil española es un acontecimiento histórico que ha ocupado la atención de la narrativa desde los años ochenta. En este sentido, es hasta cierto punto sorprendente que muchos críticos consideren que este acontecimiento se ha puesto de moda desde finales de los noventa. Corredera González analiza la narrativa que, sobre esta temática, se ha publicado desde el año 2000, pero no debemos dejar de lado la publicada en las dos primeras décadas de la Democracia española (1975-1995), como es el caso de la novela *Beatus Ille* (1986), de Antonio Muñoz Molina. En este estado de cosas, no es tan cierta la afirmación que se plantea en la *Introducción* del libro, donde se dice que “ha sido desde mediados de los años noventa y principalmente desde el cambio de siglo hasta nuestros días cuando el tema de la guerra civil ha vuelto a ocupar de nuevo en España un destacado lugar en la cultura y la opinión pública” (10). Desde los primeros años de la democracia, la guerra civil y el franquismo ya eran referentes históricos en auge en la narrativa española, de los que se ocupaba también la crítica literaria.

Ahora bien, lo que sí es innovador en la narrativa española desde mediados de los noventa son ciertos procedimientos discursivos y ciertas temáticas históricas que previamente no se habían desarrollado. Desde el ámbito temático, hablamos de los disensos y las contradicciones internas, tanto en el bando de los vencedores como de los vencidos, la perspectiva de las mujeres que tuvieron un papel relevante en el conflicto bélico, o la experiencia de la población civil anónima. Hablamos de omisiones, acontecimientos de la Historia española silenciados en la novela española previa sobre la Guerra Civil y el franquismo, a los que se da voz en la narrativa española de los últimos quince años. De alguna manera, se diferencia la nueva novela sobre la guerra civil de la anterior en el mayor recurso a documentos y entrevistas (en decir, su mayor respaldo en la referencialidad) y un mayor uso de procedimientos de la *faction* y de la *autoficción* (el autor asume la misma identidad nominal que el narrador-personaje).

Las omisiones mencionadas en la novela de los primeros años de la democracia pueden estar relacionadas con el pacto del olvido que promovió la transición sobre el conflicto bélico. Antes de analizar el corpus de su investigación, dedicado a relatos sobre las víctimas de la Guerra Civil, un procedimiento muy útil por parte de la investigadora es dedicar un capítulo a los factores políticos y sociológicos que fomentaron el silencio consensuado hacia los abusos

cometidos en el conflicto. La memoria histórica quedó dañada cuando, como afirma Corredera González, hubo falta de reconocimiento a las víctimas, se rindió culto al consenso y se silenció el pasado. La narrativa española, desde mediados de los años ochenta, se ha convertido en un espacio de debate público interesado en rescatar del olvido la experiencia de las víctimas de la Guerra Civil, muchas veces anónimas.

El segundo capítulo analiza precisamente la perspectiva de los vencidos en *El nombre que ahora digo* (1999), de Antonio Soler, donde el narrador, hijo de Solé Vera, que participó en un destacamento republicano, reconstruye la historia de este grupo a partir de la transcripción, ordenamiento y reescritura de los cuadernos de otro de sus integrantes, Gustavo Sintora. Este último, años después de terminada la guerra, recuerda en sus notas las vivencias que pasó con un grupo de artistas itinerantes. Para tematizar el olvido y el recuerdo, Sintora hace uso de la fotografía como procedimiento metafórico. Recordemos al respecto, que en muchos textos literarios del último siglo la *fotografía* ha sido utilizada como analogía para hablar del olvido y de la memoria. Ahí tenemos el excelente ejemplo de *Escenas de cine mudo* (1994), de Julio Llamazares, donde se emplean tres metáforas visuales: la fotografía, la cartelera y el cine. Antonio Soler integra bien en la novela un referente intertextual, *El entierro del Conde de Orgaz* (1586-1588), de El Greco, utilizado como modelo compositivo en la descripción del entierro de uno de los integrantes de este destacamento republicano. Gustavo Sintora recuerda este episodio de su pasado y lo convierte en reflexión sobre el paso del tiempo. Si bien la descripción grotesca del conflicto bélico domina la novela, también está presente, sobre todo en las memorias de Gustavo Sintora, una actitud elegíaca sobre el paso del tiempo, orientada a destacar la difícil tarea que tiene el recuerdo para que le gane el pulso al olvido. Gran parte de la nueva narrativa española sobre el tema de la Guerra Civil, que tiene en las reflexiones sobre el papel de la memoria de sus principales ejes de reflexión, tiene este punto de vista elegíaco.

En el tercer capítulo se analiza *Capital de la gloria* (2003), de Juan Eduardo Zúñiga. Se trata de un libro de relatos que cierra una trilogía sobre el conflicto bélico español, compuesta por *Largo noviembre en Madrid* (1980) y *La tierra será un paraíso* (1989). El título es un homenaje al poemario *Capital de la gloria*, de Rafael Alberti. En estos relatos se recupera del olvido a unas de las víctimas anónimas de la Guerra Civil: la población civil que sufrió los bombardeos franquistas en las calles de Madrid. Sobre todo, como destaca Corredera González, las mujeres, como víctimas cotidianas del conflicto, son las protagonistas de un porcentaje alto de los cuentos del volumen. La participación de las Brigadas Internacionales en la defensa de Madrid es un tema que, asimismo, destaca la investigadora en este libro de Zúñiga.

El cuarto capítulo está dedicado a la novela *Soldados de Salamina* (2001), de Javier Cercas. Este último es el mejor capítulo del libro, en términos de crítica literaria. Se divide en tres partes. La primera de ellas analiza los procedimientos *metanovelísticos*, muy comunes en la novela post-moderna española contemporánea. Se hecha en falta, en todo caso, un análisis de su condición de *autoficción* y de *faction*, cuya incorporación hubiera podido explicar los motivos por los que Cercas y otros narradores contemporáneos se ocupan de difuminar la distinción entre discurso ficticio y discurso fáctico. La segunda parte rescata del olvido la figura del dirigente falangista Rafael Sánchez Mazas. Cercas se ocupa de esta figura desde la *faction*, por lo que deja en suspenso, ante el lector, qué acontecimientos tienen una base real (es decir, que se puedan contrastar empíricamente con documentos) y qué acontecimientos son ficcionales. Pero la figura que realmente se erige como héroe, o mejor dicho como antihéroe, aunque Cercas no asegura si se trata de una figura inventada o de un individuo real, es el

soldado republicano Miralles, que supuestamente salvo a Rafael Sánchez Mazas de morir fusilado. En todo caso, Miralles representa a uno de tantos soldados exiliados que los libros de Historia han silenciado, como destaca Corredera González. Una innovación de esta novela, según destaca esta investigadora, es ocuparse parcialmente de las figuras de los vencedores en el conflicto bélico, un planteamiento que, hasta ahora, no se había hecho en la literatura española contemporánea.

El quinto capítulo analiza *La voz dormida* (2002), de Dulce Chacón, que se ocupa de otro caso de olvido y silencio: el del papel de las mujeres que fueron fusiladas o encarceladas por la represión franquista, así como el de aquellas que siguieron luchando después de la Guerra Civil al participar o al ayudar a los maquis: “Cuatro mujeres rojas encarceladas en la cárcel de Ventas por diferentes motivos y otra mujer fuera de las rejas componen el escenario central en el cual giran la violencia y la represión de la posguerra franquista” (146). Se presta un análisis detenido al sistema carcelario de la Dictadura, al papel de la mujer en la guerrilla y al fusilamiento de las llamadas Trece Rosas, un grupo de milicianas fusiladas al final de la Guerra Civil del que diferentes investigadores, escritores y cineastas se han ocupado en los últimos años. En términos de crítica literaria, se establece en este capítulo, al igual que en otros, una alternancia directa entre la historia y su representación literaria, sin que la autora realice un trabajo estricto de crítica literaria, es decir, sin que argumente sobre las transformaciones artísticas que se producen a raíz de incorporación de los hechos fácticos en el discurso literario.

El sexto capítulo analiza *Veinte años y un día* (2003), de Jorge Semprún. Al igual que algunos de los demás textos analizados, trata el tema de las dos Españas enfrentadas, y de los conflictos y reconciliaciones de estos dos sectores durante y después de la Guerra Civil. Desde una enunciación que recuerda el conflicto bélico desde el recuerdo, y con la utilización de tácticas de la *autoficción*, *Veinte años y un día*, por una parte, narra tanto el asesinato de José María Avendaño, familiar de los dueños de una finca en el pueblo de Quismondo, a manos de los braceros, en plena euforia por la colectivización de la tierra, como la posterior venganza de los propietarios, al obligar en los años siguientes a los trabajadores a recordar este hecho en una suerte de representación dramática expiatoria. Además, esta novela saca del olvido las revueltas estudiantiles de 1956.

Por último, cabe destacar que en este libro se realiza un análisis detenido de acontecimientos históricos, silenciados por décadas, que representan la génesis de las novelas y los cuentos estudiados, aunque en ocasiones se hace a costa del análisis estrictamente intraliterario.

Dorde Cuvardic
Universidad de Costa Rica

Pilar Latasa (Ed.). *Discursos coloniales: texto y poder en la América hispana*. Madrid: Iberoamericana, 2011, 192 páginas

Esta es una recopilación de la mayoría de los trabajos presentados en el congreso *Viejo Mundo y Nuevo Mundo en las Crónicas de Indias*, con el auspicio de la John Carter Brown Library, el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Brown y el Grupo de Investigación Siglo de Oro de la Universidad de Navarra, en junio de 2010.

Una cantidad importante de los artículos versan sobre el género de las crónicas de Indias, también hay aproximaciones de historia comparada, historiografía y análisis iconográfico. Las perspectivas desde las cuales se abordan los temas tratados son diversas.

En “El arte gráfico de la *Historia antigua de México* (1780-1781) de Francisco Javier Clavigero”, Rolena Adorno realiza el análisis iconográfico de las ilustraciones que el jesuita Clavigero incorporó a la edición de su *Historia antigua de México*, publicada en Cesena, Italia, en 1781. Estas veinte láminas se incluyeron por deseo expreso del autor, quien utilizó las imágenes con fines didácticos: pretendía dar con ellas “[...] la clave para la debida evaluación del pasado precolombino” (24). El discurso de Clavigero se refuerza con imágenes a la hora de abogar por una comprensión de una civilización mexicana ya perdida pero muy digna de recuperarse culturalmente, en contra de detractores europeos que pretendían la invisibilización del pueblo mexicano autóctono.

En “Crónicas de Indias y relatos de viaje: un mestizaje genérico”, Luis Alburquerque se aproxima a *El diario de los viajes* y *Cartas a los Reyes*, de Colón; las *Cartas de relación*, de Hernán Cortés; los *Naufragios* de Núñez de Vaca; la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo y la primera parte de *La crónica del Perú*, de Cieza de León. El autor ve en estos textos la evidencia de que en las crónicas de Indias confluyeron lo documental e historiográfico con lo poético, lo que vino a influir fuertemente en el género del relato de viaje. “El género queda definido por (lo) [...] factual, descriptivo y objetivo” (40).

En “Plantas en la *Breve relación* del capitán Juan Recio de León, 1623”, Gabriel Arellano realiza un abordaje de la información botánica que puede encontrarse en el texto de marras, con el objetivo de “[...] examinarla desde un punto de vista biológico, comparando en la medida de lo posible aquellos elementos con los actualmente existentes” (43).

En “El bautizo del Nuevo Mundo. Hacia una tipología de la temprana toponimia americana”, Ángel Delgado Gómez analiza un “[...] aspecto particular del proceso de descubrimiento y asimilación que no ha merecido apenas interés de la crítica: los nombres de esa nueva realidad física y sociopolítica del Nuevo Mundo” (55). El autor pretende revelar las inherentes valoraciones e intenciones del bautizo de los lugares que se colonizaban. Llama la atención que los colonizadores católicos recurrieron más que los protestantes a la toponimia religiosa, lo que parece indicar una actitud muy vinculada por parte de los primeros hacia la Contrarreforma. También encuentra que el proyecto de Hernán Cortés, que pretendió nombrar al continente americana como una Nueva Europa, fue muy exitoso dentro del plan de “recrear” a España en los nuevos territorios, haciendo de estos una continuación de la “madre Patria”, de aquí los nombres de Nueva Galicia, Nueva Granada, Nuevo México y otros, algunos de los cuales fueron luego abandonados.

En “Charcas reivindicada: historia local y discurso criollo en las *Noticias políticas* de Pedro Ramírez del Águila”, Pilar Latasa plantea la tesis de que esta obra, llena de los convencionalismos de la literatura corográfica, reivindica “[...] el poder económico, político y cultural de la ciudad de La Plata tanto en el ámbito virreinal [...] como en el de la monarquía hispánica” (86).

En “Visión del mundo y paradigmas culturales en la capitulación de Juan Ponce de León sobre la conquista de Florida (1513)”, Ramiro Marrero-Frente quiere demostrar que la antigua tradición que pretende que Ponce de León fue a la Florida en procura de la fuente de la juventud es errónea, a la vista de los documentos jurídicos relacionados con la expedición y de dos cartas del conquistador, que indican que el rey Fernando otorgó a Ponce la oportunidad de

conseguir una compensación con nuevos territorios por la pérdida de la gobernación de Puerto Rico. “Los documentos jurídicos analizados y dos breves cartas de Juan Ponce de León [...] son los únicos testimonios documentales directos de la expedición [...] a la Florida en 1513. En ninguno de estos documentos se menciona la existencia de la fuente de la juventud” (100).

En “Mezquitas, agravios y traiciones: sobre el discurso caballeresco en las crónicas de la conquista”, José Antonio Mazzotti profundiza en la relación de los tratados de caballería de Raimundo Lulio, el infante don Juan Manuel y Alfonso X con las primeras crónicas de Indias, en particular, las de Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo.

En “Acerca de las traducciones de Acosta (1590): ¿tradiciones o traiciones?”, Fermín del Pino-Díaz aborda la *Historia natural y moral de las Indias* por medio del examen de las diversas traducciones de la obra a varias lenguas, y pone especial interés en las traducciones más recientes. Encuentra que en algunos casos las ediciones modernas no se realizan con el adecuado conocimiento del contexto de Acosta, lo que redundaría en censuras fuera de lugar.

En “La estela de Ambrosio de Morales en *La Florida del Inca*”, Fernando Rodríguez Mansilla estudia “[...] la presencia en *La Florida* de dos elementos que se desprenden del contacto del Inca con el trabajo de Morales: la esmerada construcción narrativa y la recepción del mito goticista” (153). Discípulo más de Morales que de su tío abuelo insigne, el Inca Garcilaso se interesó por continuar, en la narración del caso de la conquista de la Florida, la supuesta ascendencia hasta los godos de los españoles contemporáneos suyos, pese a la ocupación mora. Además, “[...] su esmero estilístico no es estrictamente decorativo, sino que está orientado a satisfacer las exigencias de la escritura historiográfica en términos de verificación y construcción fiable de los hechos, de acuerdo con Morales” (159).

Finalmente, en “América en la política internacional española de la primera mitad del siglo XVII a través de las crónicas y relaciones de sucesos”, Jesús María Usunáriz se aproxima a la lucha entre neerlandeses y españoles como “[...] una extensión de su rivalidad en Europa y en el conjunto de la lucha colonial mundial, en un momento de génesis de una economía política global, en el marco de cambio de fuerzas en el mundo atlántico y europeo” (182). Rastros de ello los encuentra el autor en las crónicas y las relaciones de sucesos de la época.

Alí Víquez
Universidad de Costa Rica

Willy O. Muñoz (Comp.). *Huellas ignotas: Antología de cuentistas centroamericanas*. San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 2009, 584 páginas (Vol. I) y 506 páginas (Vol. II)

El género de las antologías tiene las funciones de catalogar y de revisar, siguiendo el criterio del antologador que selecciona y recomienda, una parcela geográfica, generacional o discursiva. En este caso, el trabajo que acomete Willy O. Muñoz, quien ha realizado sendas antologías de cuentistas para los distintos países centroamericanos, posee una vocación regional y diacrónica. Esta antología proporciona una guía útil y adecuada para adentrarnos en la historia literaria del género cuento escrito por mujeres; el espíritu integrador proporciona una visión de conjunto, con el fin de otorgarle una dimensión de conjunto al istmo centroamericano. Geopolítica integradora, esta antología continúa esa senda inaugurada por el *Diccionario de la literatura centroamericana* compilado por Albino Chacón en el año 2007,

demostrando la necesidad de integrar la perspectiva nacional dentro de una serie más amplia y de mayor cobertura.

Aunque pareciera seguir un enfoque diacrónico para darle voz a esas pioneras del cuento centroamericano, pues el primer volumen, que va de 1890 a 1990, se inaugura con las figuras de la costarricense Rafaela Contreras de Darío (1868-1893) y de la hondureña Lucila Gamero Medina (1873-1964), ese no es el criterio de selección. Si empieza por ellas en cuanto iniciadoras que, en las postrimerías del siglo XIX, escriben los primeros relatos, el criterio de distribución y el enfoque no es ni el cronológico ni el nacional, sino el año de publicación del texto antologado. Nunca se aclara esto al lector y este primer volumen termina con la costarricense Rima de Vallbona (1931-) Ahora bien, para el establecimiento de la ficha bio-bibliográfica los criterios de esta antología se supeditan a la figura autorial, mientras que el breve enfoque de la vida y obras restringe la biografía de un escritor con un recuento de sus publicaciones y a algunos rasgos sobresalientes. El primer volumen posee 42 entradas y a cada escritora le concede el espacio para reproducir un solo cuento, al tiempo que a la nicaragüense Michèle Najlis le publica una serie de microrrelatos (495-500).

El segundo volumen se dirige a recensar el relato contemporáneo y su período va de 1991 al 2005, en donde en un corto período encuentra Muñoz ostensiblemente cantidad de cuentistas mujeres, en un momento de apertura y de transición que significa para el período postbélico. Comienza con R. Cruz, pseudónimo de la salvadoreña Ruth Evelyn Cruz (1946-) y culmina con la también salvadoreña Jennifer Rebeca Valiente (1973-). El mérito de este segundo volumen es recensar a las narradoras menos conocidas y que recientemente publican, con lo cual Willy Muñoz visibiliza a las más jóvenes, las que no han tenido la suerte todavía de trascender sus fronteras nacionales, o son solamente conocidas para el círculo de la crítica. Loable trabajo para que se vayan incorporando otras voces o vayan saliendo a la luz en el concierto de la república de las letras femeninas. Hay 37 cuentistas recensadas a lo largo de segundo volumen.

En conclusión se trata de una antología bien documentada y una recopilación cuidadosa que acomete Muñoz. Lo único que extraño, en los dos volúmenes, es la falta de un estudio introductorio más enjundioso, que diera cuenta de las variables, las temáticas, las obsesiones y los fantasmas que atraviesan el cuerpo/la voz de la escritura de las mujeres centroamericanas. Desde este punto de vista, no podríamos sopesar la incidencia de esta antología sin ese trabajo que significa adicionar y visibilizarlas, con esa toma de conciencia de que ellas existen y escriben para quedarse.

Jorge Chen Sham

Universidad de Costa Rica

Miembro correspondiente Academia Nicaragüense de la Lengua

Miembro colaborador Academia Norteamericana de la Lengua Española

Helena Ospina Garcés de Fonseca (Ed.). *Escritores y lectores. Persona y personajes. Derechos y deberes. Actas del V Encuentro Mesoamericano 'Escritura-Cultura' y del III Coloquio Escritoras y Escritores Latinoamericanos (I ed.)*. San José, Costa Rica: Promesa, 2011, 524 páginas

En el presente libro se reúnen las actas de dos encuentros académicos, ambos mencionados en el título del libro del que se ocupa la presente reseña. Ambas actividades se

realizaron en la Facultad de Letras de la Universidad de Costa Rica en el 2011 y estuvieron avaladas por la Vicerrectoría de Acción Social. Predomina una comprensión ética de la función de la literatura en la sociedad, específicamente desde un horizonte de expectativas cristiano.

La primera parte presenta las actas del *V Encuentro Mesoamericano 'Escritura-Cultura'*. Tiene carácter misceláneo (ofrece artículos de crítica académica, selecciones de poemarios y reseñas de libros publicados recientemente por la editorial Promesa), pero en todo caso se aprecia un eje temático: la dimensión ética en la literatura latinoamericana. La conferencia plenaria, presentada por Bogdan Piotrowski, y en concordancia con la temática del encuentro, tiene por título “Persona-Personaje: Derechos y Deberes”. Este conferencista se pregunta si no existen alternativas al escritor o poeta maldito, y propone como respuesta la posibilidad de que aparezca un intelectual que pueda desarrollar una dimensión ética al relacionarse con la realidad social. La perspectiva de este ponente es limitada, ya que no concede importancia al papel socialmente crítico, ideológicamente hablando, del escritor. Consustancial al intelectual es la capacidad de ver una contradicción entre el Ideal y la Realidad.

El núcleo temático de este encuentro lo ofrecen las ponencias de crítica literaria. Destaca, sobre todo, la sección dedicada al análisis de la literatura centroamericana. Los conocidos críticos Jorge Chen y Conny Palacios dedican sendos artículos a esta área de investigación, el primero con “*El tigre de Flavio Herrera: la configuración de lo sublime de la selva*” y el segundo con “Reflexión sobre la palabra como ‘sangre del espíritu’ en Pablo Antonio Cuadra”. El primer artículo presta atención a la construcción de la selva como espacio sublime, desde el marco teórico que, sobre esta categoría estética, plantearon Burke y Kant en el siglo XVIII, filósofos que ya no la ubicaron entre las acciones humanas heroicas, sino en los atributos de la naturaleza. El segundo artículo se dedica a la comprensión metafórica de la palabra como ‘sangre del espíritu’ en la obra del poeta nicaragüense Pablo Antonio Cuadra.

La pragmática literaria, es decir, las relaciones entre la figura autorial, el texto y el público, constituye el núcleo semántico de la sección “Persona-Cultura-Desarrollo”, con propuestas como la expresión de los valores humanos en la Belleza que se manifiesta en la obra artística (Helena Ospina, en el artículo “Arte y persona: la búsqueda de una poética de la unidad”), así como el papel educativo del texto literario (Rosa Isabel Blanco, en “La obra literaria y sus posibilidades formativas, según Alfonso López-Quintás”).

La literatura costarricense y del Caribe ocupa otro grupo de artículos. Uno de ellos, escrito por Peggy von Mayer, se dedica a definir la estética de Eunice Odio (de nuevo se vinculan Belleza y Ética), y la otra, procedente de Vinyela Devandas, a proponer el cuento *La lagartija de la panza blanca*, de Yolanda Oreamuno, como texto precursor del realismo mágico en América Latina. En el ámbito de la literatura caribeña, se expone la presencia de la memoria histórica y cultural en la obra de Blas Jiménez Abreu, ensayista y poeta dominicano. La crítica literaria de este encuentro tiene la virtud de dar a conocer textos valiosos del espacio centroamericano y caribeño, aunque poco conocidos.

La segunda parte del libro está estructurada a partir de las *Actas del III Coloquio Escritoras y Escritores Latinoamericanos*, que también cuenta con un carácter misceláneo, desde un eje integrador. Se discute, desde enfoques filosófico-teológicos, el proceso creativo del escritor y las funciones que puede cumplir a la hora de elevar el bienestar material y espiritual del ser humano. La lección inaugural de Cecilia Avenati se dedica a proponer un programa estético y estético latinoamericano fundamentado en el neoplatonismo, alrededor del valor de

la Belleza, desde el pensamiento del teólogo Hans Urs von Balthasar. Bruno Rosario Candelier, en “El logos en la gestación de la conciencia. Lenguaje, conceptualización y creación”, con un gran conocimiento del sistema de pensamiento neoplatónico y de su participación en la práctica literaria occidental, analiza la intervención de la palabra (logos) en el surgimiento de la conciencia espiritual, a su vez base de la creación mística. Los dos artículos que se ofrecen a continuación se encuentran ligados, temáticamente hablando. El primero corresponde a Alfredo Matus Olivier, quien, en “Uso, política académica panhispanica y unidad (Textos y pretextos para un análisis)”, se ocupa de las políticas académicas panhispanicas seguidas por cada una de las academias nacionales, políticas orientadas hacia la unidad lingüística, y expuesta en los últimos proyectos editoriales de la Asociación de Academias de la Lengua Española. La segunda intervención pertenece a Estrella Cartín, quien, en “El ser y la nada. Una reflexión sobre el lenguaje inclusivo”, además de exponer los criterios que especialistas internacionales defienden sobre el tema en cuestión, concluye que esta problemática debe ser tratada, sobre todo, desde una perspectiva lingüística. Al igual que las dos intervenciones precedentes, el artículo de Carlos A. Riveros, titulado “Personalidad y dones propios del idioma”, se enfoca hacia las políticas lingüísticas, los fenómenos de criollización y ‘anomalías’ lingüísticas como la dislalia o la dislexia.

Otro grupo de artículos se inicia con la conferencia plenaria “Derecho a la belleza”, de Gustavo González. Esta sección se centra en debatir sobre las funciones sociales de cada integrante del proceso comunicativo literario (el escritor, el lector, el texto artístico). El primer grupo de intervenciones de esta sección, después de la conferencia plenaria, plantean la dimensión ética del lenguaje como principal eje de análisis. Es el caso del artículo de Fabiana Varela, titulado “Antonio di Benedetto: ¿una escritura ética?”, dedicado a los proyectos literarios como impulsores de una realidad social más justa, a partir del análisis de la obra de este narrador argentino, desde temas como la culpa, la violencia, la crueldad o la muerte. Por su parte, Jorge Cabrera Valverde, en “Aspectos retóricos en la obra *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, de Fray Bartolomé de las Casas”, se concentra, sobre todo, en el uso de las figuras retóricas más relevantes de este texto. La dimensión ética también se expresa en el artículo de Ana Zalaya, “Yolanda Oreamuno. *La ruta de su evasión*”, en el cual se detiene en los sentimientos de los personajes, en mutuo conflicto. También está presente esta dimensión en la contribución de Víctor Valembos, “*Nuestra América* de José Martí: Lectura actualizada, en busca de identidad”, donde se perfila la unión entre humanismo y americanismo en la producción ensayística del intelectual cubano. En este sentido, considera que Martí reflexiona sobre los valores que deben ser más apropiados –los estéticos ocupan un lugar importante– para el desarrollo del proyecto americanista.

Un interesante grupo de ponencias toman una actitud metarreflexiva, orientadas a reflexionar sobre diversos oficios y desempeños de la crítica literaria. Así, Conny Palacios, conocida escritora y crítica nicaragüense, reflexiona sobre el oficio de creadora e investigadora; Bruno Rosario-Candelier, sobre el desempeño del antólogo, que cumple un papel importantísimo en la difusión social de la literatura (sobre todo en el marco de los géneros minoritarios, por el número de lectores, como la poesía o el cuento), área de la práctica literaria sobre la que ha establecido lúcidas reflexiones José Francisco Ruíz Casanova en su libro *Anthologos*, editado por Cátedra.

El resto de los investigadores reflexiona sobre la experiencia de la investigación y sobre la utilidad de los seminarios en el espacio universitario. De clara intencionalidad

ética, cierra el volumen la presentación de libros de crítica literaria latinoamericana y de seis entrevistas, que giran sobre las implicaciones filosóficas, estéticas y teológicas de la literatura.

Dorde Cuvardic
Universidad de Costa Rica

Victoriano Roncero López. *De bufones y pícaros: la risa en la novela picaresca*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2010, 325 páginas

Con un prólogo de Ignacio Arellano en el que expone, según su opinión autorizada, los aciertos del libro de Victoriano Roncero López, a quien se le conoce por ser uno de los investigadores que ha incursionado más recientemente en el tema de la risa dentro de la novela picaresca, este libro nos obliga a revisar la dimensión eutrapélica de la risa (sin dolor, sin afán destructivo), tan denostada por los filósofos y retóricos de la Antigüedad y del Renacimiento. Este grado cero de la risa es lo que problematiza Arellano y me parece su gran acierto: si la risa es liberadora y sirve para romper el orden, ¿es inocua, no hace nunca daño?: ¿si tanto se insiste en este uso neutro, es porque se quiere uno curar en salud en relación con sus posibles repercusiones? Así, en este prólogo Arellano hace una presentación de las grandes líneas del estudio por medio de la figura del bufón, en quien, nuestra tradición palaciega y cortesana, ha catalizado y concentrado su potencial y la energía de la *vis comica* y, en este sentido, actualiza en su calidad de “pícaros abufonados” (10).

Roncero López comienza su estudio remontándose al discurso fundador de Aristóteles de donde saldrán las dos concepciones en disputa: a) en materia de retórica, con su concepción de risa moderada o atemperada, que Cicerón y Quintiliano conducen al terreno del tacto y proporción, porque la carcajada y el humor desaforados eran considerados vulgares; y b) en materia de poética, cuando la comedia imita las acciones risibles y bajas, se trata de una risa popular, de excesos y festiva, que utiliza el lenguaje procaz, la escatología, la obscenidad y la ridiculización, como ha analizado M. Bajtín, y ya se producía en Aristófanes. Roncero da una gran importancia a esta segunda línea, en la que el humor tiene una finalidad destructiva y ridiculizadora, y según él es el bufón quien encarna esta fuerza contraria al orden y a la normatividad social (26). De esta manera, la risa se vuelve arma política, como sucede en la tradición romana de la sátira, para trasladarse luego a la polémica medieval en relación con la conveniencia de reír o su censura y la reconsideración de su uso cuando no pretendía hacer daño y, frente a la carcajada estrepitosa, se recomendaba más bien la sonrisa, la risa moderada (37).

Pasa luego Roncero López a trazar las grandes líneas del carnaval medieval en el que las palizas y peleas, las bromas y escarnios, la escatología y lo bajo corporal, buscan aprehender ese tiempo de muerte/vida de la regeneración vital; pero que, en su desarrollo hacia el Renacimiento, empezarán a perder este valor vital. Todos estos mecanismos ahora tenderán, más bien, hacia la ridiculización, la humillación, el humor grosero (40), los cuales el crítico observa en la figura del “bufón” (albardán o truhán), cuyas bromas y burlas tendrán como motivación la risa para ridiculizar o para “decir la verdad” (46). Sus andanzas por la corte española conducen a Roncero a destacar la singularidad española de letrados bufones, en quienes la escritura de sus aventuras (de su vida) será su elemento más conspicuo para distraer a sus señores.

La revisión de la risa bufonesca lleva primero a Roncero al *Lazarillo de Tormes*, con lo cual destaca la función de la risa no solo en la construcción ideológica sino también en la configuración de las aventuras del protagonista, pues “sufrirá las burlas más crueles, más humillantes, como forma de recordatorio de su origen depravado” (56). Si la risa sirve para recordar a los individuos inferiores su origen, su finalidad es el rebajamiento y la demostración de la iniquidad, de manera que las burlas violentas y escatológicas, el banquete y lo bajo grotesco insertan al género en los principios de la carnavalización bajtiniana. Reírse del pícaro, a sus expensas, de las burlas y humillaciones a las que se le sometía en escarnio público, es un rasgo que Roncero López pone de manifiesto sobre la tradición del humor bufonesco. Utiliza para ello la caracterización del “hombre de placer” realizada por el escudero y, estrictamente, encuentra que Lázaro podría ser considerado un escritor bufo con su pseudo-carta petitoria (65) para hacer reír –“lectura humorística” (66)– y criticar –“intencionalidad crítico moralizante” (66)–, de los diferentes componentes estamentales. Roncero López relaciona la autobiografía del pícaro con un *cursum honorum* invertido (70), referido más bien a una auto-burla o a una retórica del *indignitas hominis* que invita a reírse de sí mismo no solo por medio de sus padres y de sus amos, sino también del uso de la gracia y el ingenio en unas bromas que se revierten en el par reír/llorar.

Roncero López continúa con el *Guzmán de Alfarache*, cuyo didactismo moralizante ha opacado la vena humorística que representaba el valor de entretenimiento del libro y pasaba inmediatamente por la concepción aristotélica de la “risa moderada como un mal menor” (101), tal y como se le pide al discreto lector de la novela. La relevancia del bufón y de la risa se expone en el Capítulo II de la Segunda Parte, cuando Guzmán está al servicio del embajador francés, ampliando así las ideas que expone Baltazar de Castiglione (107); Guzmán los clasifica en tres: a) los que se valen del humor y locura para decirle las verdades al príncipe, b) los locos “naturales” de simpleza de espíritu, y c) los graciosos que sirven para distraerse y satisfacer sus necesidades. Esta clasificación tripartita del bufón/gracioso es la que ejemplifica Guzmán y él se dedica a ejercitar sus artes con su arsenal de armas/engaños y la labilidad de su lenguaje (114). De esta manera, Roncero encuentra episodios en los que el engañador sale victorioso, otros en los que tanto engañador como engañado sufren la broma, y por último los engaños de juego y de intencionalidad lúdica, los cuales son “de palabras” o “de obras”. La novela mostraría su aspecto más cómico bajo estos engaños que el ser humano practica y Mateo Alemán detalla “para justificar el uso del humor y de la risa en la narración autobiográfica” (113); así, la aparición de episodios burlescos y cuentecillos cobra otro sentido en la arquitectura de la novela, serían la parte “amena” para aliviar la tensión narrativa de la doctrinaria y, en ellos, el humor se dirige hacia esos temas que inauguraba ya el *Lazarillo* con el origen del protagonista y sus padres en donde sobresale de nuevo la *indignitas hominis*. Sin embargo, en lo que se explora Alemán es en el humor bufonesco, cuando Guzmán formará parte del séquito del cardenal y del embajador francés; verdadero bufón que hace del arte de la simulación y de su ingenio el centro de sus bromas con lisonjas y mentiras (128).

El siguiente capítulo se dedica a la *Pícaro Justina*, de López de Úbeda, médico “chocarrero” (146) al servicio de don Rodrigo Calderón, favorito del duque de Lerma. Novela à clef, como se dice en francés, la *Pícaro Justina* se escribe para un público restringido, en clave cortesana, con el fin de entretenerlo y hacerlo reír. La acción de “dar matracas y vayas” (149) sería la sinécdoque perfecta que explicaría el oficio del bufón y la escritura de un “juguete burlesco” (148), cuya significación críptica y anfibológica se acompaña no solo de la dificultad

del lenguaje y del estilo, sino de un humor que devela el carnaval de la corte. Desprendida de la carga sermonaria de un *Guzmán de Alfarache*, la novela se decanta por la ambigüedad de intenciones, en ese maridaje del horaciano *prodesse y delectare* que, más bien, conduce a su burla; no hay enmienda en Justina de su comportamiento, todo lo contrario se reafirma en un contexto en el que el humor se usa como divertimento y como alusión que se ríe de personajes de la corte allí caricaturizados. De la burla de los linajes a la vanagloria nobiliaria y a sus conductas escandalosas, quien se oculta en el disfraz de Justina, sabe muy bien que su carácter bufón le permite tomar referentes personales de la corte y burlarse de ellos, y como todo buen pícaro, no tomarse en serio para quien sabe que el lenguaje mistifica y sirve para disfrazar la realidad en una confusión y en un verdadero rompecabezas. El ejemplo que pone Roncero López para esto son los retratos físicos de los personajes, cuya animalización y descripción hiperbolizada tiende a cosificarlos (177).

La importancia del humor bufonesco transforma, en *El Buscón*, a Pablos en un fanteche objeto del escarnio público, con lo cual se “provoca la carcajada en el lector para desacreditarlo y para hacer ver lo ridículo de sus pretensiones nobiliarias” (191). Convertido en hazmerreír de sus compañeros, la risa humillante hace de Pablos el bufón sometido a bromas escatológicas y cuyo origen hampesco delataría la marginalidad social del personaje. Reforzando las claves del tópico de la *indignatis hominis*, Roncero insiste en la caracterización folclorizada y literaria sobre el que se montan los retratos de los padres de Pablos: bastardía, hechicería, origen judío y hampesco, todo se mezcla en esta humillación que se lleva luego al terreno del “humor escatológico” (199) cuando se hace en lugares públicos. La lapidación con verduras y el embarramiento del episodio del rey de gallos, o la novatada de su época universitaria deben leerse como burlas escatológicas, cuando Quevedo, advierte Roncero López, “se ceba en el dolor de su personaje” (205) y lo embadurna con la “crueldad de los excrementos” en tanto sanción social (208). Así, violencia física y violencia moral se dan de la mano para que el castigo sea público y se introduzca la risa humillante que se consagrará en el episodio en casa de su tío Alonso Ramplón, en donde el exceso de alimento y bebida se asocia con una antropofagia colectiva (213) y con peleas a oscuras que declaran su origen festivo y lúdico. Roncero López pone su atención en otros episodios en donde el humor es arma de sanción moral; la venta camino a Madrid sirve como pretexto para que los avances amorosos a doña Berenguela terminen en caída estrepitosa, mientras que en el albergue de pícaros de Sevilla se desenmascaran sus falsas pretensiones nobiliarias. El enseñamiento contra Pablos se enmarca dentro de una revista lúdica y bufonesca que se focaliza también sobre otros personajes de tipo cortesano: el arbitrista, el practicante de esgrima, el poeta loco, el soldado rufián, el falso hidalgo, todos ellos sufren las estocadas de la risa y en ellos domina la apariencia y las falsas pretensiones (232), cuando Quevedo se burla de sus conductas.

Reírse de las falsas pretensiones pondrá el humor en el centro de la estilización del lenguaje en la novela picaresca. Las crueles burlas que provocan la retórica de pasiones propias de la *vis cómica*, llorar en el personaje que las padece/reír en el espectador-lector que las observa, conducirá al pícaro al espacio propio de la corte, en donde desempeña a cabalidad su papel, como sucede en Guzmán, en Justina y ahora en Estebanillo. *La vida y hechos de Estebanillo González* constituye el ejemplo acabado del bufón pícaro que decide contar su vida y, reivindicando su cordura, justifica la profesión de bufón. “El entretenimiento de los nobles sería, pues, el primer objetivo del bufón” (250), regalo de ocio para su protector y a los nobles con los que ha compartido innumerables peripecias. Sin embargo, anota Roncero

López, un segundo objetivo de la escritura, que está en sus modelos picarescos (la memoria y la declaración para la posteridad) sitúa la novela en el contexto de las autobiografías de soldados (253), que cuentan también sus méritos y fortunas, con lo cual Roncero López evoca la otra tradición textual de escritura en primera persona que pudo haber servido como motor del género (las autobiografías religiosas). En tanto personaje, Estebanillo es consciente del modelo que sigue; su carrera como bufón es una forma de ganarse el sustento y, desde su estulticia o locura asumidas, se abroga el derecho de desenmascarar la corrupción y la hipocresía de la sociedad. Siguiendo la máxima horaciana del “quid vetat ridentem dicere verum”, el bufón pícaro cumple “la doble misión de hacer reír y pensar a su lector” (260) y sus críticas no son tanto al sistema, como a la corrupción en los “niveles medios de administración” (261), asegura Roncero López, pues proviene de una de las piezas del engranaje del edificio estamental, el bufón, al que sí se le permite criticar en este juego del burlarse/censurar.

En conclusión, se trata de un libro convincente, que muestra una línea de trabajo y una hipótesis y la va persiguiendo textualmente hablando en el corpus en estudio. Frente a veces a la lábil retórica y los enfoques con entrecruzadas propuestas epistemológicas que encontramos actualmente en el espacio académico, el libro de Victoriano Roncero López es convincente y de una gran solidez desde el momento en que la primacía es siempre el texto literario en estudio, cosa que al estudioso nunca debe olvidársele.

Jorge Chen Sham
Universidad de Costa Rica
Miembro correspondiente Academia Nicaragüense de la Lengua
Miembro colaborador Academia Norteamericana de la Lengua Española

Hélène Tropé (Ed.). *La représentation du favori dans l'Espagne de Philippe III et de Philippe IV*. París: Presses Sorbonne Nouvelle, 2010, 224 páginas

La figura del “privado” o “valido” ocupa, en los reinados de Felipe III (1598-1621) y de Felipe IV (1621-1665), un papel primordial en la política de estos monarcas de la Casa de los Austria y, aunque coincide con un periodo de declive político-económico, su florecimiento cultural es inigualable. La emergencia de la “privanza” o “valimiento” triunfa en la escena política española, como asegura Hélène Tropé, en su “Introducción” a este libro colectivo, con el advenimiento del duque de Lerma (Francisco Gómez de Sandoval) y del conde-duque de Olivares (Gaspar de Guzmán) respectivamente, en un juego de fuerzas y de estrategias de la aristocracia con el objetivo de sopesar la autonomía del soberano, pues el monarca reina, el valido gobierna (9). Las representaciones iconográficas y literarias del valido tienen que analizarse en ese juego de alianzas de la nobleza, de la hegemonía del poder, de la propaganda para afianzar su imagen, del desarrollo del mecenazgo artístico que dependerá de su promoción y publicidad. Así, este volumen responde a estas preguntas sobre los mecanismos de discurso y de imágenes, de palabras y de retratos que ponen en el tapete el elogio (las menos, la diatriba) del valido. Tropé nos introduce en el espacio de los laberintos del poder y sus tentáculos discursivos e iconográficos, detallándonos sus consecuencias estéticas y antropológicas en una “Introducción” rica y sugestiva (7-15).

Con el título de “Entre littérature politique et représentations du favori”, la primera sección tiene dos artículos. En el primero, “La actuación diaria del privado a través de unos

tratados del siglo XVII” (19-30), Paolo Pintacuda analiza su presencia en los tratados políticos bajo el modelo de educación del príncipe y la conciliación de la antinomia política-ética de corte maquiaveliano. En ellos se resalta la teatralidad de su actuación, los consejos para el favorito y su etiqueta, su comportamiento en el ceremonial de corte, “elementos conectados con la representación del poder” (22), pues la discreción es su marca distintiva desde el momento en que su conducta se juega en el espacio de los verbos “mostrar” y “encubrir”. No se trata tanto del fingimiento, apunta Pintacuda, sino de la teatralidad, es decir, de “aparecer, representarse de una manera particular” (26). En “Le favori et l’ange: Entre littérature politique et littérature de dévotion sous Philippe III et Philippe IV” (31-50), Cécile Vincent-Cassy estudia la exaltación del valido a través de la metáfora de la “sombra del sol” (la sombra del poder) en la que el motivo del ángel desempeña su elemento más evocador, al relacionarse con los ángeles del Antiguo Testamento: “Ils partageront avec ces derniers la proximité avec la figure occupant le trône, dont ils sont l’émanation et la représentation visible” (33). Colaboradores de la Providencia, en esa imagen del poder real que emana de la ley divina, problematiza su valor apologético y doctrinario en tanto ángel guardián o arcángel San Miguel, para hacerlo un instrumento de la voluntad de Dios y su brazo ejecutor. Se trata de un artículo de una gran riqueza demostrativa, cuyas referencias a los tratados políticos y a obras literarias desemboca en ejemplos de iconografía religiosa en Rubens o en Francisco García.

Bajo la rúbrica de “Le favori en question”, la segunda sección se abre con el trabajo de Augustin Redondo, quien estudia al favorito del duque de Lerma, don Rodrigo Calderón, el conde de la Oliva (53-74), a partir de la maleabilidad y complejidad de los testimonios orales que se tienen en tres ámbitos bien delimitados: los panfletos y rumores de la oralidad, los mentideros de los espacios colectivos y los testimonios escritos. Pero antes de realizarlo, Redondo realiza un ejercicio de definición etimológica en el que va apareciendo la inestabilidad y la visión del valido como una figura frágil, sometida a las tormentas del poder y al secreto de la “privanza”; se trata de “un lien personnel régi par l’affection et l’amitié” (58), como el que tendrá a Calderón, marcado por las “mercedes” y “favores” (según las palabras propias del Siglo de Oro). El favorito responde, al fin y al cabo, a conductas de clientelismo político y nepotismo que diatribas, sátiras y rumores ponen en el tapete. El caso de Rodrigo Calderón no es una excepción y constituye la imagen misma de la corrupción y de la desgracia del que cae del poder. En “Le favori dans quelques oeuvres politiques et pamphlets de Quevedo” (75-109), Josette Riandère La Roche analiza la presencia del valido en las obras políticas y satíricas de Quevedo. De *Política de Dios* (1617-1626) a la *Vida de Marco Bruto* (1634-1639), aparece en Quevedo la figura del privado inseparable a la del príncipe, en un contexto en el que el arte del disimulo y del consejo subrayan los límites del poder. Pero Riandère La Roche pone su atención en los *Grandes Anales de Quince Días* (1621), en donde se narra los pormenores del advenimiento a la regencia del conde-duque de Olivares y los intringulís que las fracciones en lucha acometen y en la que el propio Quevedo toma partido a favor del duque de Lerma y su grupo, actuando con “une fidélité évidente, et courageuse” (89). Un último apartado de su trabajo lo consagra Riandère La Roche para subrayar la mentalidad nobiliaria y de servicio al monarca por parte del escritor, de familia de criados su celo y su “vasallaje” es un homenaje al buen consejero que debe ser el valido del rey.

Por su parte, “Représentations théâtrales, littéraires et iconographiques du favori”, la sección más numerosa del volumen, se propone analizar la visión del valido en sus manifestaciones literarias y artísticas. María Grazia Profetti se interesa por el personaje del

valido en la literatura dramática del Siglo de Oro (113-129); su función en la elaboración política del par rey/valido destaca en su evocación de la tradición grecolatina gracias al tópico de la inestabilidad de la *fortuna bifrons*, próspera y adversa, con el fin de ubicar así la suerte del valido y, de este modo, el transfondo simbólico del par sol/luna para que el soberano sea el espejo que irradie como modelo del espectáculo de la corte (120), propia de una simbolización de la majestad del rey. A todo ello contribuyen los casos, analizados apenas someramente por Profetti: los ritos y la magnificencia de la corte en Vélez de Guevara; la historia de privados caídos en desgracia en Mira de Amescua a través del tópico de la fortuna mudable; o la utilización dramática de la escena del despacho o privanza en Quevedo para un uso panfletario. En uno de los más minuciosos trabajos del volumen, la editora del volumen, Hélène Tropé, analiza la relación entre “valimiento y mecenazgo” en los tiempos del duque de Lerma (131-180); su interés central estriba en ubicar histórica como culturalmente la relación entre el hombre “docto” y el mecenas en esa relación distributiva “do ut das”: la inmortalidad del mecenas a través de la obra de los escritores y artistas. El “perfecto” valido es quien, y Tropé lo refiere a los tratados políticos y a la literatura emblemática, guarda silencio y discreción para luego salir airoso del laberinto que representa la corte, a causa de sus peligros son enormes ante su posible caída y castigo y los alerta del exceso de riqueza, de la maledicencia y del servicio mal prestado. Tropé pasa luego a ver cómo los artistas elogian la figura del privado; para buscar esta relación nada mejor que las dedicatorias en homenaje al duque de Lerma, pues están “sirviendo de esta forma a las ínfulas de grandeza y la obsesión genealógica del Duque” (158); en especial resalta el caso de López de Úbeda, el autor de *La pícaro Justina*, quien inventa una genealogía nobiliaria para ennoblecer al valido del duque; o el afán de coleccionismo pictórico y de su mecenazgo ejercido por Lerma para que los retratistas exaltaran su imagen.

Dos breves artículos cierran este último apartado del volumen. María Roca Mussons estudia la figura del conde-duque de Olivares (181-196). Escoge una forma de presentación que no me parece la adecuada en los inicios del trabajo; más adelante va al grano, cuando analiza su exaltación en términos del cíclope Atlante, “en su eterna tarea y castigo de sostener la bóveda celeste” (187). Por su parte, en esta propuesta celebrativa para ir formulando su coparticipación en la representación del poder, al rey se le compara con el personaje de Hércules, “por su simbología relativa a la fuerza” (190). Roca Mussons selecciona tres representaciones iconográficas, venidas las dos primeras de grabados de Rubens y de Juan Antonio de Vera, la otra del óleo de Juan Bautista Maíno, cuyo hilo celebrativo recupera atribuciones hercúleas tanto para el rey como para su valido. Desde una perspectiva complementaria, Pierre Civil se interesa por la imagen del valido en grabados de la segunda mitad del siglo XVII (197-219). Esta relación entre iconografía y política, que Civil señala en el título de su trabajo, desemboca en discursos en donde se evidencia una superposición “mis[e] en jeu à l’appui de l’action politique et de l’expression du pouvoir personnel des favori” (199). En efecto, la personalización del poder subraya la importancia del clientelismo político, el mecenazgo y el servicio de las plumas literarias y de los pinceles al servicio de la propaganda y la exaltación del poder, con lo cual se pone de manifiesto las manipulaciones ideológicas de la monarquía. El simbolismo del rey en su doble articulación corporal, que viene de la Edad Media, celebra la majestad del soberano y la dimensión simbólica de su persona en sus súbditos, por lo cual Civil no se sorprende de que los retratos del valido de Felipe IV se declinen “en images similaires” (202). En cuanto a los grabados del Conde-duque, estos son de bulto y son ejemplos, ya sea de glorificación

iconográfica en tanto militar como en el grabado ya citado de Rubens, ya sea en el manejo de secretos de estado en tanto administrador de la monarquía. Entre otros grabados estudiados por Civil, destaca el realizado por Francisco Herrera, El Viejo, cuya representación da cuenta de la piedad religiosa, cuando el duque está junto a los reyes adorando a los santos patronos de Sevilla, Justo y Rufino. Toda la iconografía religiosa está al servicio de la elevación del valido, con quien tanto el artista como la orden monástica que lo encargó querían congraciarse.

Jorge Chen Sham
Universidad de Costa Rica
Miembro correspondiente Academia Nicaragüense de la Lengua
Miembro colaborador Academia Norteamericana de la Lengua Española

